

Colección de Narrativa Breve

DESDE EL JARDÍN

LUIS TAMARGO

LUIS TAMARGO

DESDE EL JARDÍN

SANTANDER
2004

© Luis Tamargo Alonso

luistamargo@saludalia.com

Santander, Octubre de 2004.

Depósito legal: SA. 1.483-2004.

Índice

Prólogo

DESDE EL JARDÍN

La chica de la playa
Una de dos
La Maga
En el desván
Isla del Deseo
No tan inocente
Merece la pena
Si alguna vez regresas
Donde nacen las olas
Flor de Isla
La Casa Rosa
La octava planta
El jardín enamorado

PRÓLOGO

Luis Tamargo Alonso viene desde la poesía al relato, que es un camino donde se cruzan a menudo ambos géneros. El poema y el cuento viven del ritmo y de la musicalidad. El aliento poético está presente en este libro, como si la savia de los árboles que aparecen con tanta frecuencia en sus Relatos, viniera de atrás, de su primera publicación, “Escritos Para Vivir”. Los árboles de Luis Tamargo forman también su bosque particular: *“Era un bosque, diríase que unido, si uno se iba acercando”*. Árboles con nombre propio, que incluso pueden llamarse Pablo... Hayas, tilos, sauces, eucaliptos, abedules, fresnos, rumorean aquí a sus anchas. La lluvia, los árboles, el viento, la nieve y los ríos dejan al paisaje en un lugar, no sólo descriptivo, sino de auténtico protagonismo.

La voz narradora llega más lejos y, en un logro de captación muy sugerente, sacrifica la cama donde nació, la cama de nogal de sus padres, y acaba dejándola en medio del bosque, cuando las necesidades de espacio de su familia le fuerzan a deshacerse de ella. Había que dejar espacio libre en el dormitorio, porque los mellizos estaban a punto de nacer... El hombre no la olvida y acude a visitarla con frecuencia: *“En la frondosidad del bosque, la cama de mis padres descansa plácida y señorial, custodiada por ejércitos de acebos que velan su sueño, tan sólo interrumpido de vez en cuando por el canto apagado de un búho distraído”*.

En “La casa rosa” el color obsesivo llena y desborda hasta el último rincón de aquel lugar: *“También las alfombras quedaron rosas, los interruptores, la gigantesca lámpara de perlas que presidía el comedor, lágrima a lágrima, de rosa...”*. Le gustan a Luis Tamargo los derroteros de la literatura fantástica, y varios

relatos discurren entre la realidad y la imaginación. Pienso en “Pobre Meri”, que es la historia de un camión que llega a ser la única fuente de la economía familiar. El conductor recoge a una muchacha que camina en la nieve, y ella deja un rastro de su presencia sobre el asiento que había ocupado: una varita con una estrella verde.

Le interesan también al autor los avatares del mundo laboral: los despidos, las injusticias, las incomprensiones. En algunos relatos se respira el desasosiego y la sinrazón de la cotidianidad. En “La caravana”, Tamargo consigue que la tensión acumulada en un atasco invada el ánimo del lector. El protagonista analiza su vida y siente que se parece muy poco a la que había soñado. Está dispuesto a romper con todo: *“las crueles rencillas, las batallas de celos entre compañeros en su trepidante carrera por acceder a escalones más altos; sí, olvidar aquella vorágine despiadada que le robaba la tranquilidad y, con el tiempo, lo sabía, su alma...”* [...Decidido, salió del vehículo, abrió el maletín, y lo tiró contra el suelo pisoteando los papeles que no volaron. Dejó la puerta del coche abierta y, mientras se alejaba andando en dirección contraria, se desanudó la corbata y la tiró al suelo sin mirar, sin importarle dónde cayera... ¡Qué diantres! ¡Al diablo todo!” Se trataba de un sueño, y yo lamento que lo sea. ¿Por qué un sueño...? El lector se queda con las ganas de una vida nueva; de un ejercicio de libertad para un hombre encasillado en la rutina.

Ascensores que no se detienen nunca en la octava planta, lugares para morir o encontrar la paz, más allá de la costa, en Los Acantilados, aunque no exista ninguna población con ese nombre; todo contribuye a la fabulación del misterio, que se engancha en el ánimo del lector como un jirón de niebla en el pico de una montaña.

Angelina Lamelas.
Verano de 2004

LA CHICA DE LA PLAYA

*“Pero sabía que más allá del muro oscuro
los esperaba un paraíso”.*
Jhon Updike.

El sol alcanzaba su punto álgido en la mañana y la playa se había transformado en un hervidero de gentes que se tostaban concienzudamente, como si ello formara parte obligada del programa estival de sus vacaciones en la costa. No estaba dispuesto a dejar que la rutina ni tampoco la muchedumbre le aguaran la vacación, así que escogió aquel espolón apartado en un extremo de la playa, donde las piedras convivían en abundancia con la arena haciendo desistir al resto de los turistas de frecuentar aquella incómoda orilla.

Extendió la toalla apartando algunas de las piedras y, desprovisto del bañador, se dispuso a conseguir un vistoso bronceado con el que alardear entre sus compañeros a la vuelta al trabajo. Le llamó la atención aquella chica rubia que también se colocaba allí, justo en el límite donde comenzaban las piedras. En los cinco días que venía acercándose a la playa, ella había mantenido idéntica costumbre en el mismo lugar. No traía toalla, se sentaba sobre la arena y amontonaba una pila de piedras sobre las que posaba el libro que durante toda la mañana se afanaba en leer. Luego, se quitaba la parte de arriba de su minúsculo tanga blanco, antes de darse una zambullida en el mar. Su figura esbelta se abría paso entre los reflejos dorados del sol que destelleaban en el agua, mientras nadaba entre las partículas multicolores del espejo marino.

-Vaya hermosura! Parece una sirena... -pensó.

Después de coincidir tantos días en la misma playa podría afirmarse que se había creado cierta familiaridad de cercanía. Cuando ella regresaba de la orilla hacia el montón de piedras donde aguardaban su libro y su mochila, un reguero de gotas de agua brillantes dibujaba filigranas en su piel de oro. Su rostro era bello y, esta vez, volvió la cabeza hacia él y sonrió, natural; se sacudió el cabello y, distendida, volvió a sentarse en la arena, ahora de espaldas al libro, observando el cielo con los ojos cerrados, decidida a secarse.

Sabía que después acabaría por vestirse, recoger el libro en su mochila y alejarse hacia el paseo que bordeaba la playa. Por eso, para

adelantarse, hoy se había propuesto provocar la conversación y, tratando de evitar imprevistos, optó por volver a ponerse el bañador. Sin embargo, de súbito, la muchacha comenzó a saludar con el brazo en alto a alguien que desde el paseo le correspondía el saludo. Después de recoger sus cosas, en un momento, ambas chicas desaparecían entre la gente por el paseo.

Al día siguiente lamentó perder la oportunidad de volver a intentarlo de nuevo, ya que la excursión planeada a Los lagos y la posterior cena en el Gran Casino así se lo impidieron. El viaje a los lagos resultó interesante, aunque pesado, casi tortuoso, debido a los altibajos del terreno durante el largo trayecto. Además, el calor tórrido se adueñó de todos los ocupantes del autobús y ya no les abandonó ni durante la cena de gala. Sofocado y sudoroso, prefirió retirarse antes sin importarle no asistir a la tan anunciada actuación del Ballet Nacional, por lo que salió fuera a la busca de un taxi que no parecía atreverse a aparecer. El aire, ahora más fresco de la noche, calmó la agobiante sensación de cansancio y caminó, tranquilo. Pudo reconocer al final de la ancha avenida el paseo de la playa que llevaba al hotel, así que se animó con la idea de regresar a pie por el borde de la playa.

Ya casi podía vislumbrar la zona de la playa sombreada de piedras donde se apostaba por las mañanas. El sonido de las olas que rompían en la orilla le refrescaba y aminoró el paso para disfrutarlo. Le pareció observar una sombra más oscura en el mismo lugar donde acudía la muchacha rubia y se esforzó en escudriñar en la oscuridad hasta que la vista pareció acomodarse y pudo distinguir la espuma de las olas, las piedras apiladas y alguien sentado allí, en la arena de la playa... Se paró frente a ella, apoyado en la barandilla del paseo. Sí, la chica de la playa estaba allí, frente al oleaje sonoro en medio de la noche estrellada. Al poco, ella se percató de su presencia y, volviéndose hacia él, movida por un resorte invisible, le hizo un gesto con el brazo. Cuando él se acercó, ella le recibió con una sonrisa al sentarse a su lado...

-Un poco tarde para tomar el sol, ¿no? -le preguntó, iniciando la charla.

-Este es el mejor sitio, siempre vengo aquí. A ti también te gusta, ¿eh?...

Le pareció sublime, encantadora, además de bella. Se explicaba con soltura, allí, sola en la playa, sus palabras fluían con confianza y naturalidad. Le habló de ella, de la isla, de los parajes insospechados que no conocen los turistas. Su voz invitaba a dejarse escuchar suave,

dulce. El tono sensual de sus palabras le envolvió, cautivándole. Podía sentir su respiración acompasada junto a su rostro y sus hombros se tocaban en leve roce, sentados allí, solos en la playa. Incluso en los silencios, se dejaban conquistar por el susurro melodioso del cómplice oleaje.

El le contó de su viaje, apenas dos días aún para concluir sus vacaciones y, en verdad que lo lamentaba, pues ahora que la descubría a ella, al final, era cuando tenía que marchar. Ella escuchaba con sus ojos, casi acariciaba con ellos y, en actitud cariñosa, le prometió regalarle algún recuerdo inolvidable. Le calló la boca con un beso y, a partir de ahí, fueron las manos las que comenzaron a hablar... El roce de los cuerpos al conocerse se fundió entre rumores de olas y arena.

Amanecieron así en su sitio de la playa, tras una noche de olas y cuerpos abrazados. Aquel su último día en la isla fue único, el mejor, tan intenso que no logró evitar en años sucesivos regresar junto a ella, siempre que tuvo ocasión.

Luego, el tiempo transcurrió al igual para todos. Hoy ya quedó viudo, sus hijos crecieron y se jubiló. Su cabello se tornó canoso, el rostro ajado y sus manos arrugadas, pero regresa ávido de emoción a la playa, junto a ella, para sentir su tacto de piel de arena y los jadeos del mar...

UNA DE DOS

Aquel año se había propuesto disfrutar de unas vacaciones diferentes. Hacía tiempo que venía acariciando la idea sin decidirse nunca del todo y ahora, una de dos, o se quedaba sin aventura o, de una vez por todas, ponía en marcha el proyecto. Partió con su furgoneta dirección a la costa del sur con la intención de recorrer todo el litoral, se trataba sin duda de un periplo curioso e improvisado, sin ataduras y con el firme propósito de no planear nada con antelación. La aventura iba ya por su segundo día y atravesaba la concurrida ciudad de Stroôm, paso obligado para alcanzar el hermoso tramo costero que conduce a Port Palmer, antigua población pesquera famosa también por su aguardiente. Precisamente mañana se celebraba la fiesta del exquisito licor y pretendía llegar allí antes que anocheciera.

Aliviado, terminó de salir del atasco en hora punta de aquella ciudad y tomó la carretera comarcal que se desviaba hacia el mar. En el siguiente cruce, le pareció reconocer el rostro de la muchacha que aguardaba junto a la señal de tráfico. Continuó algunos metros más adelante, antes de dar la vuelta para comprobar detenidamente si se trataba de verdad de la misma chica que él conocía. Efectivamente, al pasar de nuevo lento a su lado distinguió el lunar inconfundible de su pómulo izquierdo y detuvo su furgoneta, al tiempo que la muchacha se acercaba a la ventanilla.

-Sí, voy hacia Port Palmer. Si quieres venir, te llevo... -respondió a la chica al mismo tiempo que levantaba las gafas de sol descubriendo el rostro.

Al reconocerle, a la joven le brillaron los ojos y, alegrándose por la sorpresa, tomó asiento a su lado mientras no dejaba de lanzarle un repertorio continuo de preguntas. Se conocían de los años del Instituto, incluso llegaron a tener un escarceo sentimental sin éxito y, más tarde, con la incorporación a la universidad siguieron destinos distintos. Le contó lo de su reciente trabajo estrenado como profesor de Biología y del proyecto solitario de sus vacaciones. Carla no podía salir del asombro, de tanta casualidad, precisamente allí, en aquel cruce de carretera dirección a casa de su amiga en Port Palmer para celebrar mañana su cumpleaños. Ella siempre fue un tanto maniática para explicar o querer entender ciertas coincidencias o situaciones y, sin

tapujos, se propuso que había que celebrar aquel inesperado encuentro con un especial acontecimiento. Al fin y al cabo ya se conocían, en un tiempo incluso intentaron llegar a más. La proposición no pudo menos que sorprenderle, aunque lo disimuló, aceptando de buen grado la sugerente invitación.

-No has cambiado nada, Carla!...

El bosque que iban dejando a un lado del arcén le pareció el lugar idóneo para la ocasión y por qué dejarlo para más tarde... Una proposición tan atractiva se debe atender de inmediato. Abandonó el carril y, despacio, entró en la zona arbolada, adentrándose hasta el sitio mejor alejado para celebrar su euforia contenida y no ser molestados. Allí, entre la espesura del bosque rememoraron antiguas caricias olvidadas con ímpetus nuevos. El flirteo inicial dio paso pronto a mayores en la parte trasera de la furgoneta que se mecía con un ligero vaivén, provocado por el inquieto embiste de dos pasiones encontradas.

Ya caía la tarde cuando entraban en Port Palmer, después de una prolongada y satisfactoria sobremesa. La amiga de Carla esperaba a la entrada de la casa y saludaba sin poder ocultar su innegable acento, propio del dialecto de la comarca costera. Ingrid también era rubia, más incluso que su antigua novia y, al presentarle, insistió con amabilidad para que se quedara y asistiera a su fiesta del día siguiente. La verdad es que no le ayudó la excusa de que iba a continuar viaje, pues pensaba asistir a la fiesta del aguardiente, pero aquella imprevista invitación en el mismo lugar y en el mismo día le dejaba atrapado en una contradicción demasiado evidente, así que sin poder negarse aceptó quedarse solo por una jornada.

La fiesta del aguardiente comenzó aquella misma noche y durante la mañana siguiente continuaron los festejos, entre fuegos de artificio, concursos, bailes y degustaciones interminables del embriagante licor. A media tarde, Carla e Ingrid le aconsejaron bajar al salón principal de la gran casa y, a ser posible, con traje de gala. Se trataba de una fiesta muy especial, su cumpleaños coincidía con la fiesta mayor del pueblo y, en una especie de tradición establecida, se acostumbraba a celebrar aquella otra fiesta paralela, curiosa mezcla de disfraces y trajes regionales.

Llevaba esperando un rato en el salón principal y ya había llegado un número considerable de animados invitados, la mayoría engalanados de los más variopintos disfraces, divertidos, extravagantes, inauditos algunos de ellos. Las risas crecían en volumen elevando el tono festivo

del salón que parecía quedarse pequeño ante la constante avalancha de gente que no cesaba en llegar. No llevaba en el equipaje de aquellas vacaciones ningún frac ni traje de gala, pero su americana de diario y aquella corbata multicolor daban el contrapunto ideal para cumplir el requisito previsto. Se alegró del acertado consejo de las chicas, pues así pudieron reconocerse entre aquel loco carnaval de estrafalarios adornos. Ellas estaban elegantes, preciosas, embutidas en sus vestidos de princesas orientales.

La música no le dejaba oír las palabras de Ingrid y se dejó llevar de la mano escaleras arriba. Al cerrar la puerta de la habitación, Ingrid se pegó a su cuerpo y, sobrecogido por la pregunta, se estremeció al sentir sus palabras resbalarle por el cuello erizándole cada centímetro de piel.

-Carla me aseguró que eres una joya única, ¿me dejas probarlo?...

Con dos rápidos movimientos de sus dedos se despojó del traje de fiesta y, desnuda entera, se abrazó a él, solícita. Sin despegarse, unidos, se acercaron a la cama y cayeron abrazados, enzarzados en la ardua tarea de explorarse con deleite, ajenos a ninguna otra fiesta que no fuera la suya.

La fiesta debió continuar hasta altas horas, aunque para él pasó desapercibida el resto de la madrugada, había tenido su fiesta particular y se felicitaba por ello. Cayó dormido con tanto trajín, con la mente puesta en la carretera del día siguiente, las emociones por el momento habían resultado intensas. Sin embargo, antes que amaneciera del todo notó el cuerpo de Carla que se acostaba a su lado, sin ropas, jugueteando con su cuerpo, entumecido aún de la noche pasada. La fiesta no parecía haber acabado para él, pues Ingrid se acostó al otro lado y entre las dos mujeres consiguieron enderezar de nuevo la alegría de su cuerpo, que despertó del todo. Fue una despedida apoteósica, una esperanzadora inyección de vitalidad. No siempre concurren circunstancias parecidas, pero al menos a él ya le había ocurrido.

Prosiguió el viaje por la costa en la mañana gris de brisa fresca, agradecida, frente al calor de días atrás. También atrás quedaron las chicas, sus entrañables momentos compartidos. Le asaltó la tentación de permanecer allí junto a ellas, pero una de dos, o proseguía solo adelante con su aventura o se arriesgaba a malgastar la experiencia. Sin duda, lamentaría tiempo después repetir una ocasión tan especialmente señalada, pero tardaría en borrar el grato recuerdo del sabor nuevo de aquella primera vez. La carretera sinuosa se retorció

persiguiendo las curvas a lo largo de la playa, pero él estaba en otra cosa, no atendía al paisaje.

LA MAGA

La llamaban la Maga porque era capaz de resucitar a un muerto. La fama de sus encantos le valió traspasar la frontera de la leyenda.

-Si alguna vez pasamos por Villa Farbar no podemos perdernos el espectáculo de la Maga! Es genial... -bromeaban sus compañeros, entre risas y chascarreos.

Desde que había comenzado la copromoción con la otra empresa su trabajo entró en una etapa de colaboración, donde el contacto con sus compañeros era de cumplimiento obligado para que aquella labor de equipo que se perseguía lograra los frutos previamente planificados. Las reuniones de trabajo se sucedían cada semana, aunque si la importancia de la gestión lo requería podían realizarse en el mismo día. En otras ocasiones, se trasladaban a diferentes lugares o ciudades de su zona de trabajo para tratar los temas prioritarios y las medidas a tomar. Ni que decir tiene que esta estrecha comunicación entre los delegados comerciales creaba aún más posibilidades de conocerse, incluso de respetarse, pues los gustos y preferencias obedecían a caracteres subjetivos y diferentes. La clave consistía en equilibrar situaciones, pues si el trabajo era lo importante, no se podía ni debía transgredirse el área en lo personal. Al menos así lo consideraba él, para quien lo mejor de su profesión radicaba en el conocimiento de las relaciones interpersonales y, de ahí, que lo considerara un tema delicado.

Para él, sin embargo, aquel año fue delicado en exceso. Su esposa había fallecido en accidente y, con los hijos crecidos, el trabajo se convirtió en una herramienta de escape al permitirle descargar su tristeza y concentrar sus expectativas en nuevos anhelos. Todo era muy reciente y le costaría esfuerzo sobreponerse a la nueva situación. No obstante, siguió fiel a su carácter tranquilo y familiar. Nunca participó en las aventuras de sus compañeros, pero los respetaba. Comprendía aquellos deslices en los Clubes de alterne, las ganas de divertirse y disfrutar, aunque él siempre se conformó con pasarlo bien de otro modo. Los compañeros también le conocían y no se entrometían en sus particularidades, pues en lo profesional también le avalaba su seriedad. Además, era un buen compañero.

La reunión semestral aquella vez se celebró en Villa Farbar y, después de toda una jornada dedicada a resolver los asuntos que les convocaban, llegó el momento esperado de la noche para tratar de distraerse con otras diversiones más placenteras, pues no siempre se iba a estar pensando en lo mismo. Al acabar de cenar se dirigieron a la Sala de la Maga, el renombrado espectáculo en directo prometía una noche de verdadero disfrute. Él los dejó marchar y, como en tantas otras ocasiones, entró al hotel, allí, en su habitación se puso cómodo y cambió de una a otra cadena del televisor sin encontrar nada de su interés. Intentó leer algún capítulo más del libro que le acompañaba en los viajes y, por fin, se dispuso a descansar. Sin embargo, el sueño no hacía acto de presencia, casi que auguraba la típica noche de difícil arreglo. El recuerdo reciente de su esposa aumentaba su peso en la soledad del dormitorio y, entonces, la sobrecarga le desvelaba. Se incorporó de nuevo y, volviendo a vestirse, bien abrigado, salió a la calle. Villa Farbar es una población en creciente desarrollo, pero a esas horas la animación estaba en otros lugares. Le vendría bien tomar el aire fresco de la noche paseando las calles vacías y, así, caminó sin dirección previa, tan solo pretendía atraer el cansancio necesario para después dormir mejor.

Al dar la vuelta a la manzana, en mitad de un paso cebra, una elegante limusina descansaba con sus luces de alarma intermitentes, mientras una igualmente distinguida señora intentaba recambiar el neumático averiado sin terminar de localizar las herramientas. Pareció suspirar de alivio al apercibirse de que alguien venía en su ayuda, llevaba allí media hora sin que nadie apareciera ni siquiera para poder preguntar por dónde debía de empezar. Así que acogió con entusiasmo la voluntaria iniciativa del solitario transeúnte. A él le llevó trabajo maniobrar aquel enorme y largo vehículo, pero al final consiguió reponer la rueda pinchada. Al acabar, le aconsejó llevar al día siguiente el neumático afectado a un taller para que ciertamente se cerciorara de que quedaba bien reparado. Ella le escuchó atenta, aunque ya tenía pensado el detalle de su agradecimiento y, lo sabía, descubrió en él a un hombre bueno. Casi le empujó al asiento trasero de la limusina y cayó sobre él...

-Gracias, cariño, gracias. Yo sé lo que necesitas, pero debes dejarte ayudar...

Le sorprendió lo inverosímil de tal situación, pero ella era una fiera de mil brazos, eso sí, certeramente expertos. Le oprimía con el peso de su cuerpo, impidiéndole levantarse y, con ataques constantes de besos,

le tapaba la boca, mientras iba despojándole con rapidez del abrigo y de los pantalones... Aquello era algo increíble, imposible pedir explicaciones o disculparse, ella llevó la voz cantante y finalmente, derrotado, cejó de oponer resistencia, sobre todo cuando aquellas partes tan sensibles se entregaron a tan sutil caricia. Aprovechó la imposibilidad de huir para entregarse con empeño a la obra iniciada y, uno con otro, acabaron por lograr exhalar gemidos de agradecimiento entre suspiros de apasionado esfuerzo. -Hasta siempre, cariño!... Gracias.

La limusina se alejó por la oscuridad de las calles hasta perderse en un horizonte de semáforos despiertos. Envuelto en su abrigo, se atusó el bigote y se dirigió andando a su hotel. Ahora el cansancio hacía mella en él y necesitaba asimilar la naturaleza de lo ocurrido, todo tan repentino e intenso. Desde luego, ni una palabra de esto a sus compañeros, les defraudaría o tal vez le tomarían por embustero.

En la sobremesa de la jornada siguiente, cuando los demás bromeaban acerca de la juerga pasada en la noche anterior, permaneció más callado que de costumbre y solo reaccionó cuando uno de los compañeros señaló en el folletín de la Sala de la Maga a las distintas vedettes que conocieron en vivo durante el espectáculo. El compañero mostró la imagen de la Maga, señalando con su dedo una foto grande de medio cuerpo que le hizo estremecer... Era la misma señora a la que cambió la rueda, la misma que le amó con tanto frenesí... -Es la Maga! -comentaban entre sí los compañeros.

-Es un lujo para nuestro alcance... ¿Sabeis lo que dicen que cuesta por un día entero...?

-Sí, sí. Creo que no admite por horas, ni siquiera una noche. Es un lujo, demasiado...

De regreso a casa, finalizada la reunión, al quedarse a solas, le entraron ganas de cantar, de chillar... Era extraño, pero se sentía bien, feliz. Era como si una nube oscura y pesada hubiera desaparecido y, en cambio, una brisa ligera viniera a resucitar un frescor de tardes recuperadas.

EN EL DESVÁN

Bien pudo haber dicho que no, pero una mujer excitada es como un huracán al borde del desenfreno, no entiende de razones... Así es que, su rostro como poseído iba obligándole, acaparando su terreno y, sin escapatoria, iba cediendo, rindiéndose a su impulso tan vital. Así se lo pedía. Su sexo se mostró abierto, accesible a la caricia, suave. Su piel tersa, el vello del pubis erizado de desbordada avidez, de ganas contenidas y, ahora, dispuesto a dejarse vencer, enloquecer de placer si fuera preciso. Continuó apretando sus voluptuosas formas con más caricias. El olor bravío de su sexo también le excitaba, húmedo, como un atractivo perfume que embriagaba su ser...

La relación con ella ahora había adquirido un derrotero insospechado y, en cualquier caso, el paso ya estaba dado. Cuando aquella tarde ella vino al desván de La Granja lo hizo con toda la más premeditada intención.

Ella había nacido allí, aún vivía en el rancho con su padre, un viejo granjero cuyas fincas colindaban con su hacienda. Gracias a sus influencias entre las autoridades, había conseguido realizar las estratagemas pertinentes para que la finca del viejo granjero fuera expropiada. Si algo realzaba el valor de aquella finca, aunque inferior en hectáreas a la suya, era el manantial que brotaba allí mismo para desembocar tras kilómetros de largo recorrido en el delta del Tier, un estuario de gran riqueza piscícola y floral, ahora reserva protegida. La importancia estratégica del manantial radicaba en el beneficio para todas las tierras que comunicaban al mar y sobre las que ya había comenzado a mover los hilos precisos para atraer hacia sus posesiones. Su familia también llevaba siglos allí y habían ido creciendo a fuerza de trabajo y, si las circunstancias lo requerían, a cualquier precio y sin importar los medios. Por eso, no le sorprendió el enfurecido arrebato de la muchacha del granjero cuando llegó a su despacho para negociar las condiciones del expolio. Incluso, le hizo sonreír su irrefrenable fiereza, tenía agallas la niñita... En las sucesivas ocasiones que volvió le quedó bien claro a la indómita muchacha que de nada le valdrían ni enfados ni súplicas ni sus exagerados intentos por llevar a buen término el trato. La firmeza en la negativa a negociar no dejaba más alternativas que abandonar la finca en el plazo previsto, sin objeciones.

Si el viejo granjero ya no servía apenas para andar y si ella no conocía otro medio para ganarse la vida, desde luego, no era su problema ni podía leerse en la letra pequeña de ningún tipo de pacto.

Al patrón de la hacienda le cansaban más las palabras que las peleas y por eso acostumbraba a descansar con una buena siesta, después de una mañana entera sentado en el despacho atendiendo contrariedades. Le gustaba, siempre lo hacía, tumbarse en el desván, a dormir una cabezadita sobre la hierba empacada, hasta que la llegada del ganado marcaba las tareas de media tarde.

Esa tarde, un caballo galopó como una exhalación entre la nube de polvo que levantaba con su carrera. Al llegar a la Granja, la muchacha saltó con la agilidad de un avezado jinete y a largas zancadas se dirigió directamente hacia el desván del granero. Casi se abalanzó sobre el patrón, si bien antes insinuó sus sugerentes pretensiones utilizando las mejores artes de una mujer joven y atractiva. Al patrón le sorprendió el modo de despertarlo, pero lejos de enfurecerse, aún se rió con las más sonoras carcajadas que le provocaban las constantes tentativas de la beligerante e incansable muchacha.

-Te advierto que ni eso te va servir de nada conmigo, nena...

Ella se puso en pie y, con mirada aviesa, lanzó su sombrero al montón de paja. Se fue desvistiendo con calma contenida, recreándose en cada pieza que amontonaba, desordenadas, entre las pacas de hierba seca. Luego, desnuda entera se tumbó sobre él y le ofreció su cuerpo hermoso, tentador... Se dejó explorar por las manos duras del patrón y, dirigiendo ella la acción, le cabalgó de un salto, salvaje y bruscamente, para de nuevo cambiar a otra posición y, sin dar tregua al descanso, volver de nuevo a cambiar a otra siquiera más excitante, sin parar el ritmo frenético de aquel movimiento perpetuo. No bien encontraban el regocijo de su placer en una postura cómoda, de inmediato ampliaban todo el caudal posible del repertorio para dar con una nueva antes no empleada, así hasta que el patrón notó llegar el fin como una explosión inmensa, de tremenda intensidad, que se liberaba a borbotones de aire, como si faltara el resuello suficiente para atrapar de nuevo la vida...

-Vete, muchacha, es inútil... -acertó a balbucear mientras ella se arreglaba las ropas con rapidez.

La condenada criatura marchó al galope, manejando la montura con una maestría admirable para una mujer. Sí, y bien que le había cabalgado la pícara inocentona... Casi adormilado entre la hierba seca, no consiguió esta vez sonreír al evocar su recuerdo. No lograba

entender por qué hizo aquello si estaba advertida, si ya sabía que no iba a sacar nada.

ISLA DEL DESEO

Aquel no fue un año fácil, casi incluso que llegó a complicarse en exceso. Porque hay momentos en que la vida parece no ponerse de acuerdo y que envía las desgracias sin orden ni concierto o, al menos, eso le pareció a ella dentro del caos operante en que se encontró envuelta. Lo único bueno pertenecía incluso al pasado año recién finalizado, aquel viaje que ganó en un sorteo de radio y que tan a gusto recibió en un principio, también se vio afectado y sería imposible llevarlo a cabo con su novio de siempre a causa de la inevitable ruptura de sus relaciones sentimentales con que el año dio comienzo. Así que, a la vista de tanta contrariedad ofreció a su compañera de trabajo la plaza vacante del susodicho viaje, condición indispensable para hacerlo realidad. Matilde aceptó de buena gana, aunque sin mostrar en un principio exagerado entusiasmo. Yoli era una buena compañera e, incluso, a causa del viaje cabía la posibilidad de que su amistad fructificara del todo.

Los días de la anterior semana a sus vacaciones pasaron en un soplo entre planes e ilusiones que, sin acabar de establecerse, ya se estaban nuevamente renovando. Ninguna de las dos dejaba nada atrás que les impidiese vislumbrar el horizonte despejado de sus proyectos y, libres del trabajo que antes les atenazaba, por fin llegó el tan ansiado día en que aquel vuelo les llevó hasta la isla de sus proyectos. Ya durante el trayecto que duró casi diez horas, tuvieron ocasión de conversar tocando los más variados temas, desde comentarios personales acerca de algunos cotilleos de moda de la vida cotidiana hasta opiniones más subjetivas aún, relativas a caracteres o sentimientos, incluso mezclando ambos extremos en un batiburrillo de reflexiones que buscaban confrontar modos de ver o pensar y hallar puntos en común que les ayudase a conocerse mejor.

Yolanda le explicó lo de su noviazgo roto, el carácter desordenado del chico, además de su falta de sana ambición. Ella trabajaba desde los dieciocho años y eso marcaba una diferencia notable en otros aspectos donde la realidad del día a día no permitía deslices. Sin embargo, él en vez de proponerse metas que lograr para hacer efectivo el futuro propio en el que convivir junto a ella, se comportaba como un irresponsable muchacho que parece que siempre va a continuar igual.

Yolanda le explicó cómo esa falta de seriedad era lo que más le disgustaba de él, pero Matilde escuchaba distante este tipo de réplicas y reproches en voz alta que su compañera le detallaba, como si no fuera con ella ese talante de abordar los acontecimientos. Para Yolanda fue, de nuevo, tropezar con el obstáculo insalvable que desde que conoció a su amiga se levantó entre ellas, prediciendo un futuro de difícil entendimiento para su amistad. Fue el único tema de conversación donde Mati, como su amiga insistió en que la llamara con confianza, no demostraba afinidad ni criterio alguno, al hablar de la forma de ser o actuar de los hombres. Lo achacó, tal vez, a lo temprano de su relación amistosa, quizás fuera preciso algo más de tiempo para que esa confianza saliera a flote, aunque es raro que entre mujeres eso no se deje notar en el detalle más sutil. Prefirió, no obstante, no darle excesiva importancia y dejar que las vacaciones discurrieran espontáneamente.

Nada más llegar al hotel les esperaba la guía del grupo para señalar unas indicaciones generales sobre la estancia en la isla. Luego, subieron a terminar de colocar sus equipajes en la habitación para después salir a cenar al porche en su primera noche de vacación. Durante la cena la conversación se hizo más esporádica, pues el cansancio del viaje se hacía notar y, además, habían tocado por ese día muchos y variados temas. Yolanda se fijó en el grupo de muchachos que habían llegado posterior a ellas y que, en otra mesa, armaban gran algarabía y jolgorio; algunos de ellos no estaban mal y habían dirigido la mirada a su mesa, pero tuvo reparo en hablar al respecto con Mati. Ella había acariciado la idea de renovar su bagaje emocional con la relación divertida de algún chico y no descartaba la posibilidad de un romance que diera impulso nuevo a su recién estrenada vida afectiva o, al menos, a sus vacaciones. Lamentó no encontrar complicidad con Mati hasta ese punto, pero quizás mañana después de haber descansado, los planes y deseos ocultos afloraran sin cortapisas, pues no resultaba fácil desembarazarse de las obligaciones ni de los hábitos que impone la absorbente rutina.

A la mañana siguiente lució un sol endiablado, imperdonable desperdiciarlo sin tenderse en la playa sin otra preocupación que equilibrar el bronceado y dejarlo bien repartido por cada centímetro de piel de sus castigados cuerpos. Las playas en la isla eran lo suficientemente extensas para que, exceptuando los núcleos de entrada o salida, hubiera amplitud de espacios donde escoger tumbarse con tranquilidad. De cuando en cuando una nativa se acercaba con su cesto

de refrescos y chucherías para ofrecer a los turistas. En una de esas ocasiones, a causa del calor, pidieron un refresco a una ellas, una mujer madura de color que, bajo su vestido blanco, aún resaltaba más el tono oscuro de su piel morena. Recogió afable las monedas y se desató el pañuelo blanco que llevaba a la cabeza para volver a atarlo, firme, de nuevo. Entonces, les preguntó si asistirían esa noche a la fiesta del Gallo Dulce y, ante la sorpresa de sus preguntas, la mujer les contó que habían llegado a la isla precisamente en la celebración de una de sus fiestas más conmemorativas... Se celebraba cada año coincidiendo con las dos noches más cercanas al plenilunio, siempre que las mareas lo permitían, y tenía lugar en la playa que llamaban del Medioeste, desde el acantilado que separa ambas playas. Era tradición en la isla, continuó explicando la señora de blanco, que en esa primera noche los jóvenes se desnuden y bañen así sus cuerpos en la playa; en la del este las muchachas y en la del medio los muchachos. Luego, a la segunda noche, tanto ellas como ellos irán a escoger su pareja sea en una u otra playa.

-A veces se encuentran parejas que duran para siempre... -detalló la nativa.

La señora acabó de relatar la ancestral costumbre de la isla y lamentó que últimamente muchos extranjeros se acercaran a la fiesta solo para fisgonear los cuerpos desnudos, sin ánimo de participar. Finalmente recogió su cesto y abrió mucho los ojos al recomendarles que nadie debería perderse una celebración como aquella, pues sus efectos beneficiosos no tardaban en notarse... “Todo se ve más claro. Suerte!”, dijo al despedirse.

De vuelta al hotel hicieron planes para participar en esa fiesta de la que no hablaban los pasquines publicitarios, al menos, la noche se ofrecía tentadora. En el vestíbulo se cruzaron con el grupo de chicos que cenó la noche anterior junto a ellas, en el porche del hotel, y con ganas de agradar uno de ellos saludó con efusividad... -Se ha dirigido a ti, Mati,...como si te conociera!

-Trabaja para el Sr. Dylon, de la promotora de nuestra empresa. Es uno de los distribuidores... -Mati lo dijo sin emoción, casi maquinalmente.

Vaya, parecía que la noche, la fiesta o lo que sea, quizás las vacaciones, iban haciendo entrar en materia hasta a las más reacias... Al menos, su amiga, pensó Yolanda, iba rompiendo los hielos que abotargaban su timidez, se había fijado en el chico, algo fría en el

comentario, eso sí, pero al menos algo era algo. Sí, al menos aquella fiesta iba a traer los aires renovados que tanto deseaban.

Se dirigieron al acantilado que separaba las dos playas cuando la luna estaba redonda y clara presidiendo la playa. Abajo se podían distinguir los grupos de chicos y chicas que despojados de toda vestidura bañaban sus cuerpos en el mar. Se desnudaron, se miraron entre risas y, guardando las ropas en el hueco de una de las rocas, descendieron a la playa para sumarse a la fiesta de las mujeres. La temperatura no podía ser más idónea, incluso dentro del agua; la luna con su halo pleno de luz ayudaba en dar calidez a la noche o, también pudiera ser que fuera aquella bebida de los cestos que las muchachas repartían generosamente a todos los participantes. Lo cierto es que la noche transcurrió entre olas, cánticos y licor, hasta que los cuerpos cansados acabaron retirándose casi al mismo tiempo que lo hacía la luna.

Yolanda y Mati se propusieron descansar lo que restaba del día para, también esa otra noche, terminar de asistir al festejo completo. Yolanda estaba decidida a disfrutar de aquella noche prometedor y, sonreía en silencio al pensar en su amiga, ya que esa noche se vería obligada a decidirse y actuar. Cuando llegaron a lo alto del acantilado observaron como hombres y mujeres acudían de una a otra playa buscándose, estableciendo parejas previamente elegidas o improvisadas sobre la marcha. Se desvistieron con impaciencia, guardaron las ropas entre las rocas y, cuando se disponían a descender por el acantilado, Mati le agarró de una brazo deteniendo su marcha. Yolanda miró atrás, inquisitiva...

-¿Qué sucede? Vamos a la fiesta...

Su amiga la miró con fijeza y, ahora, le sujetó también el otro brazo. Luego, le acarició el cabello, dejando resbalar la caricia de su mano por su rostro con suavidad.

-No, no puedo... Me gustas tú...

Las palabras de Mati sonaron como un trueno en la inmensidad de la noche silenciosa, ahora lo explicaban todo, la negativa a mostrar sus sentimientos, su actitud reacia a todo lo referente a los hombres o a razonar la directriz de sus emociones. Sin embargo, el calibre de aquel descubrimiento no le redimía de sus posibles consecuencias. Yolanda se abrazó a ella...

-Te entiendo, también te quiero, pero no... -musitó, tratando de consolar a su amiga.

Así, abrazadas y desnudas, permanecieron una junto a otra en la pendiente del acantilado durante toda la noche, ajenas a la fiesta, firmando el sello de una amistad mucho más duradera de la que ninguna hubiera imaginado. No presenciaron el final de la fiesta, cuando le cortan la cabeza al gallo para echarla al mar entre los gritos eufóricos y desorbitados de todas las parejas y asistentes, pero ni eso les importó; ahora se bastaban ellas mismas.

El resto de los días de sus vacaciones transcurrió rápido, intenso. Ambas se confesaron, examinaron la naturaleza de sus pretensiones con confidencias íntimas, estrechando aún más sus lazos como amigas. De regreso a casa, ambas pudieron constatar el equilibrio milagroso que aquel viaje obró en sus vidas. Algo de cada una, único y exclusivo, se había propagado en la otra, a modo de compensación de lo que carecían. Mati aprendió a valorar el cariño de lo que más puede semejarse a una amistad verdadera, incluso la lección sirvió para encauzar su afectividad, pudo prescindir de la necesidad de contacto sexual con otra mujer y no sentirse indefensa por ello. Para Yolanda la experiencia sufrida vino a reforzar su idea realista de la amistad, le aportó ángulos nuevos e inexplorados de comprensión, quizás algo inusuales o atrevidos para ella, pero no por ello enriquecedores.

La vuelta al trabajo no suele por costumbre acogerse con especial optimismo, casi hasta ellas mismas se sorprendieron. Pero el viaje de sus vidas ya había realizado un giro decisivo. Mati ascendió en su puesto, pasó a las oficinas de la promotora, quizás influída por su recién iniciado noviazgo con el chico que trabajaba como distribuidor para el Sr. Dylon o, quizás, de acuerdo al carácter mágico del viaje aquel que terminó de unirles para siempre. Sin embargo, para Yolanda no dejó de ser un año difícil... El viaje representó un ligero desahogo dentro de su caótico acontecer, pero incluso pertenecía al año anterior. Quizás para las próximas vacaciones, quizás el año próximo se le cumpliera un deseo.

NO TAN INOCENTE

Había transcurrido casi un año y medio ya desde que llegó allí, dispuesta a encontrar la solución a sus problemas presumiblemente en pocas semanas. Tampoco se ganaba lo suficiente para continuar camino, aunque la cuestión estaba en que no surgía delante camino alguno que emprender. Casa Guillermina era un motel de carretera, remodelado de acuerdo a los nuevos tiempos. La Señora, como llamaban a la patrona, regentaba aquella modesta casa de citas con un reducido grupo de muchachas jóvenes que si antes no desaparecían las iba despidiendo, obligadas a contratos parciales, para así actualizar las posibilidades del negocio.

A ella le había renovado ya una vez, pero se temía que el momento de partir llegaría en breve. En cualquier caso, se trataba de una incómoda incertidumbre. Además, aquella localidad carecía de atractivos alicientes y tampoco ayudaba a la calidad de los visitantes, obligando con demasiada reiteración a tragar con todo tipo de clientes, muchos de ellos intratables de otro modo. El lunes era el día que a ella le tocaba acercarse a la ciudad para hacer la compra de las necesidades de primera mano. Siempre le gustaba asomarse a la estación de trenes y mirar el final de los raíles en el horizonte, le hacía soñar con un destino, desconocido, pero diferente. Aquella tarde apenas dos personas formaban la cola para sacar los billetes. El muchacho que tenía el bolso de mano bajo el brazo esperaba paciente, detrás de la viejecita del pañuelo rojo y, por un instante, abandonó la fila para hacer intención de asomarse al andén. Fue suficiente para que aquella banda de desarrapados críos de barrio aprovechara el descuido y con habilidad se llevaran al vuelo el bolso de mano que había dejado en la repisa de la ventanilla. Ella lo había visto todo, conocía a aquellos ladronzuelos y sabía que después irían a los aseos a desvalijar el botín, se quedarían con el dinero o piezas de valor y el bolso lo tirarían al contenedor. Por eso, se dirigió con decisión a los servicios de la estación y sacó del aseo, agarrado por el cabello, al harapiento muchacho...

-Si no me lo das ahora mismo aviso al policía... -le amenazó.

Después se acercó al muchacho que se lamentaba en el andén de su desgracia y le devolvió su bolso desaparecido. El chico, atónito del

paso tan fugaz de la desgracia a la alegría, se deshizo en cortesías, enormemente agradecido, le quería dejar su teléfono, su tarjeta con la dirección, le preguntaba interesado lo que necesitaba o qué deseaba...

Ella no pudo evitar, ante su insistencia, que se sentaran en la cantina del andén a conversar. Le habló de su viaje de negocios a la ciudad, de la importancia de la documentación rescatada ya que ahí estaban todos los permisos conseguidos para abrir su local de trabajo, incluso, guardaba en el bolso de mano el préstamo inicial con que comenzar mañana mismo a trabajar. No podía estar más agradecido aquel hombre y no dudó, pensando en la ayuda que necesitaría más adelante, en ofrecer a la chica un trabajo en su negocio de la confitería.

Ella rehúso todo y se excusó con que no soportaba que aquellos pillastres andaran sueltos por la calle sin otra ocupación que complicar la existencia a los viandantes. Se despidió sin más, pero con el teléfono que tanto se obcecó aquel hombre en entregarle. Regresaba a Casa Guillermina con el alma turbada, no lograba sentirse tranquila, quizás nunca antes lo estuvo, pero algo le impedía volver a su anterior actitud al percance con los muchachos. El encuentro con aquel hombre había dejado una puerta entreabierta a la esperanza, tal vez significaba una salida, un camino para su futuro incierto al otro lado de las vías...

Durante algunos días reflexionó sobre ello, pensativa e indecisa; se lo notaron las compañeras, incluso la Señora le preguntó al respecto de su preocupante introversión, pues su actitud distante desatendía a los clientes.

Ella intentó disimular unos días más, era el pacto que se había propuesto. Ya había hablado por teléfono con el chico del andén, aunque hubo de preparar bien la urdimbre de su inventada historia para no ser descubierta. Por eso, ella le habló del familiar que también vivía en la localidad del hombre que le pretendía ayudar, se incorporaría al puesto inmediatamente, se le daba bien la cocina y tampoco encontraría inconveniente en el alojamiento con la casa de su tía tan cercana. Así que, tomada la decisión, no fue hasta el lunes siguiente cuando su marcha a la ciudad no despertaría sospechas, cuando cogió el tren que le llevaría lejos de la penuria hacia un horizonte quizás mejor, aunque por descubrir.

Al principio, como en todos los comienzos, el sacrificio fue duro. El nuevo trabajo era su tabla de salvación y se aferró con el tesón de quien ha conocido tiempos peores. La nueva vida se abría lenta, pero con la certeza del paso a paso. Sus manos eran indispensables en la marcha del negocio que ya comenzaba a dar sus frutos, al cabo de

varios meses. Mientras, el hombre le agradeció infinitas veces al cielo de haber interpuesto a aquella mujer en su camino, le recuperó el crédito, los permisos y, por si fuera poco, trabajaba sin descanso dejando el alma en ello y defendiéndolo como si fuera suyo. Se fue desarrollando una relación estrecha entre ellos, la coordinación y entendimiento en el trabajo era inmejorable, no existían esperas ni negativas a cualquier sobreesfuerzo y, poco a poco, fue madurando aquel otro sentimiento más profundo.

Una mañana, el repartidor se le quedó observando como si le conociera de algo. Ella reconoció a un antiguo cliente de Casa Guillermina, pero tragó saliva y echó adelante. Tal vez algún día le contaría su oscuro pasado, pero por ahora no lo tenía entre sus intenciones, antes era preciso consolidar lo ganado si aquella relación seguía su buen comienzo. Era un buen hombre y se felicitaba de que la suerte, aunque fuera a costa de duro trabajo, le mostrara por una vez en su vida el lado más amable. A él le parecía un regalo del cielo aquella mujer hacendosa y ya hacía tiempo que pensaba en ella como algo más serio dentro del marco que conformaba su vida, por eso se lo propuso una tarde, nada más cerrar el local. Ella se mostró preocupada, pero él le animaba tratando de transmitirla confianza... Si ella quería, si de verdad así lo deseaba podía contar con su trabajo, no le faltaría y él tampoco... Tampoco fallaría, la quería, también podía contar con él, nada tenía que temer. Ella le acarició la frente intentando calmarle, sí, continuaría adelante con él, le estaba muy agradecida...

Se besaron con pasión, con las manos entrelazadas como dos adolescentes. La pasión se fue encendiendo como un ascua al rojo vivo y, allí, sobre la mesa de la cocina se amaron, echando a rodar los utensilios que antes quedaron ordenados. Nada importaba más que dar rienda suelta en ese instante a su imparable instinto. Entre suspiros entrecortados y chorreados de sudor desbordaron sus pasiones incontenibles. Para él no había duda alguna, era la mujer predestinada de su vida; para ella, era su oportunidad, no otra más sino la nueva y única...

MERECE LA PENA

Si algo me gustaba de aquella pensión era la serena tranquilidad del barrio en que se aposentaba. En definitiva, la modesta población de San Lorenzo era de por sí apacible y monótona, casi hasta el aburrimiento. Por eso la escogí como el marco ideal para sentar las bases de mi futura obra y, allí, en la pensión de la calle Doctor Fleming establecí la sede permanente de mi estudio de pintura. Mi propósito consistía en romper las penurias y tópicos que asolan a los artistas, esclavos de una vida sometida a los mandatos últimos de las primeras necesidades, el pan, la ropa, la oficina, el coche...

Demasiadas obligaciones acaban por inutilizar el talento y este, como joya atesorada, debe hallar rienda suelta a su expresión sin límites, imposiciones o ataduras que impidan su natural desenvolvimiento. Esto es lo que perseguía, no perder la espontaneidad debería constituirse en la máxima de un artista que se precie. Era un modo de vida y, por tanto, había que protegerlo.

La luz de la tarde impregnó muchos de los cuadros que durante horas incontables acabé de finalizar allí, en el estudio de la segunda planta. No me habría importado tampoco alquilar el ático de arriba, pues las pinturas se amontonaban, lienzo sobre lienzo, contra las paredes repletas de mi modesto y diminuto apartamento. Además, me frenó el hecho a considerar de obligarme a pagar un alquiler más, lo que me llevaría ineludiblemente a la rueda trepidante de la que me empeñaba en huir. Por eso, aquella mañana me sobresaltaron los ruidos provenientes del apartamento superior, hasta entonces desocupado. La tranquilidad que disfruté en solitario hasta aquel momento pareció anunciar su irremediable final con aquel taconeo repetido de unos zapatos que caminaban arriba, de un lado para otro, ahora arrastrando algún objeto pesado o bien golpeando el suelo del piso con un caer estrepitoso y descuidado.

La señora de la pensión me explicó sin entrar en demasiado detalle, al escuchar mi esperada pregunta, que había alquilado la buhardilla a una mujer recién llegada, no se acordaba de dónde si es que se lo había dicho. Y rápidamente, como si temiera un bombardeo de preguntas en exceso curiosas, desapareció por una de las puertas del enorme pasillo

que cruzaba de lado a lado la planta baja, destinada en su totalidad a la vivienda de los propietarios del negocio.

Cuando subí a mi habitación pude observar a través del hueco en el rellano de la escalera que su puerta estaba abierta. Una claridad inmensa irradiaba desde adentro, quizás el balcón también estuviera de par en par ventilando la habitación hasta ahora deshabitada. Me descubrí curioso, casi que impertinente, intentando inconscientemente crear excusas para averiguar quién y con qué se ocupaba la morada que descansaba encima mío. Esa tarde me costó trabajo concentrarme para proseguir con la marcha de mis pinturas iniciadas. Escuché un fuerte portazo de arriba, tal vez causado por una corriente de aire desprevenida y me pareció una disculpa aceptable para salir afuera a entablar una posible conversación. Nadie en el rellano y la puerta, de nuevo, volvía a permanecer abierta... Decidido a inventar cualquier pretexto subí escaleras al ático hasta llegar ante la puerta. Nadie adentro, sin embargo se podían contemplar los muebles y adornos y busqué los detalles capaces de hablarme sobre la naturaleza de la persona que allí vivía. Escuché ruido de agua en la otra habitación, posiblemente se encontraba en el baño. En efecto, me asustó cuando de súbito hizo acto de aparición, únicamente cubierta con una camiseta corta y una braguita blanca y fina, tanto que ocultaba solamente lo preciso. Se apercibió de mi presencia cuando se disponía a ordenar el equipaje de sus maletas extendidas sobre el sofá y, sin terminar de volverse hacia mí, me indicó en voz alta que la puerta estaba abierta, invitándome a traspasar el umbral. Pude comprobar que sostenía un cigarrillo entre los labios.

-Solo quería presentarme, escuché ruidos y... Soy el vecino de abajo. - No molesta, no se preocupe. Adelante! -su tono no denotaba la amabilidad que se dice por cumplir, pero preferí pecar de prudente y posponer la visita.

-Cuando acabe de instalarse, tranquila, gracias... Ah! Y bienvenida! A la tarde siguiente coincidimos en el rellano, ella regresaba de fuera, elegante, bien arreglada y, rápidamente, se aprestó en acabar la presentación de la otra tarde. Me ofreció subir al ático y me puse cómodo en el sofá mientras ella entraba al baño. Observé el ambiente acogedor de la sala frente al amplio ventanal que daba a los campos y jardines que preceden al bosque de San Lorenzo.

Escuché que me hablaba desde el baño, se quejaba del día tan intenso que había soportado. También, ensalzó la belleza de los bosques de San Lorenzo y las bondades de los pequeños pueblos que,

en su natural humildad, esconden el secreto de la serena tranquilidad y del saber vivir, algo de lo que se han olvidado en las ciudades. Salió envuelta en una toalla y con el cabello mojado recogido en otra, a modo de turbante. Una mascarilla de intenso verde pistacho le cubría los párpados y seguía explicándose, mientras se frotaba los brazos con una crema incolora que desprendía un aroma fresco y penetrante. Se interesó por mí, de dónde era, a qué me dedicaba y se sorprendió con admiración al enterarse que era pintor, sí, de lienzo y pincel fino, sí, sí, un artista. Entonces me habló de su trabajo, de su penosa labor de modelo publicitario y, a decir verdad, no me habría extrañado reconocer su rostro de entre algunas de las revistas de moda.

Su estancia en San Lorenzo se debía a un reportaje filmado en el entorno del bosque y de sus afamados jardines, que constituían el marco apropiado para aquel cortometraje de una nueva colonia, una innovadora fragancia para el mercado cosmético. El día anterior fue pesado y repetitivo, hubo que volver a filmar las mismas tomas hasta encontrar el efecto de luz apropiado o, mejor, la lente capaz de reflejarla con fidelidad. El fotógrafo acabó por poner nerviosas a las modelos con sus exigencias y hoy igualmente, las tomas se sucedieron compulsivamente, sin apenas descanso. Mañana sería otra dura jornada, pero disponía de todo el fin de semana para recuperarse y descansar. Se había propuesto no caer en la vorágine del ambiente que rodeaba al trabajo y por eso escogió aquella población cercana a los bosques y aquella modesta pensión, alejada de las compañeras y de los equipos de filmación, sí, merecía la pena.

Con ánimo de corresponder a su sincera claridad, le manifesté mi interés por su atractiva profesión, viajando, conociendo lugares nuevos a menudo de alto postín y disfrutando de personajes y ambientes selectos. Había vuelto a salir del baño luciendo un ajustado corpiño de flores que dejaba al descubierto el redondeado ombligo de su vientre moreno y liso, por encima de su braguita blanca y tan estrecha. Se estaba peinando su rubia melena cuando de pronto paró el movimiento del cepillo e, inmóvil en el centro de la habitación con los brazos caídos al suelo, parecía prestar atención a quién sabe qué mandato divino. Se le ocurrió de repente aquella idea, la de posar para mí, casi con fijación obsesiva, la de que tenía que pintarla, sí, se propuso llevarse de aquel lugar su retrato.

Acepté la idea instintivamente, no pensé en compromiso alguno pues es mi costumbre cotidiana andar entre colores y paletas y, por eso, sé apreciar el valor de un modelo espontáneo que se preste. Al

marchar, quedamos en concretar el proyecto en ese fin de semana y, cuando quise cerrar la puerta, ella se interpuso y me susurró al oído que una puerta entreabierta es la mejor de las cerraduras y que siempre la encontraría así... Bajé los escalones, pero solo escuchaba la zozobra de mis latidos agolpados dentro del pecho. Sin embargo, esa noche dormí plácido y descansado como hacía tiempo que no lo recordaba.

A la noche siguiente sentí sus pasos subir hacia el ático muy de madrugada, sin duda, debió de tener otra dura jornada de trabajo o quizás de fiesta. Ya por la tarde me asomé a su puerta... El ruido de la ducha cesó y su cabeza enmarañada apareció tras la puerta del baño.

-Pasa, pónte cómodo... Pero antes trae tus bártulos, artista, empezamos ahora...

Sin rechistar, obediente, subí aquel juego de pinceles nuevo que guardaba para no sé qué sesión especial, también los lienzos de bastidor y el caballete de campo que para aquella ocasión me serviría ni que pintado. La luz que entraba por el ventanal de la sala creaba la atmósfera idónea y, rápido, dispuse todos los elementos y material necesario para convertir la habitación en un improvisado estudio. Ella atendía mis indicaciones, envuelta en su media toalla y con su inseparable braguita, tan diminuta y estrecha. Le expliqué el modo de tenderse en el suelo, la posición de las piernas entrecruzadas, de las manos posadas y expresivas, el ángulo del rostro y la leve torsión del cuello con la cabeza inclinada para que el escorzo lograra reflejar toda la delicadeza sensual de aquel bello cuerpo, sugerente. Una belleza que me impresionó y a la que, con el aliento contenido, procuré sobreponerme para que los primeros trazos delimitasen el marco de lo que sería el próximo escenario. También me preocupé de realizar descansos, no deseaba resultar igual de molesto que los fotógrafos con los que había trabajado. Ella lo agradeció, se sentía cómoda, sonreía y, de un golpe, se desembarazó de la toalla y su braguita...

-Así mejor... -musitó al tiempo que su mirada esbozaba una sonrisa picarona.

-Podemos continuar mañana, no es necesario agotarse ni acabar hoy...

-intenté disculpar.

Pero ella se puso en pie y vino hacia mí...

-No, pónte cómodo tú también!

Tiró de las mangas de mi jersey y me lo quitó. Luego sentí sus pechos pegados a la piel de mi torso, sus pezones me acariciaban con suavidad de terciopelo y con su boca besaba mi hombro y me mordisqueaba el cuello. Posé los pinceles, sin poder evitar que alguno

cayera. Sabía lo que iba a suceder casi como si lo hubiera imaginado, como si lo hubiera pintado. Los dos cuerpos desnudos rodaron sobre el suelo alfombrado, abrazados en una sola caricia, fundidos en un gemir de pequeñas pasiones encendidas que aumentaban en intensidad, ansiosas ya por desbordarse o ya por encumbrarse a otra cima más alta de placer. Así, hicimos el amor entregándonos por entero, hasta que el sueño nos acogió bajo su reinado nocturno. Desperté a medianoche, al lado de su cuerpo caliente y desnudo, juntos bajo el edredón, sin querer despertar nunca de aquel sueño.

En los días sucesivos compaginamos sesiones de fotos con las poses frente al lienzo. Nunca conocí una sensualidad así de salvaje y única y, también, sabía que al igual que llegó sin esperarlo volvería a marchar, quizás sin retorno. El final llegó triste, sí, pero lo celebramos con otra sesión doble de amor sin freno. Luego, por fin el adiós, una despedida con sonrisa...

Ahora miro hacia su puerta desde el rellano, esperando encontrarla entreabierta. Tal vez regrese algún día aunque tan solo sea para recoger su pintura, el retrato que le dediqué. Tal vez algún día añore el tiempo detenido de los pueblos pequeños donde la vida recupera la respiración al compás del bosque y regrese para recobrar la tranquilidad del aroma que merece la pena.

SI ALGUNA VEZ REGRESAS

Cuando la luz de oro pálido se sumergía en el atardecer del océano se amaron, al amparo de los esbeltos cocoteros, convertidos en mudos testigos de todos los susurros que el viento del amor iba dejando a su paso. Al despedirse, él le tapó la boca con su mano...

-Cuando vuelvas colocas el quinqué en la ventana... -le musitó al oído, antes de subirse a la canoa y alejarse remando entre las ondas doradas del oleaje calmo.

Esa era la señal, cuando la luz brillase en la ventana de la cabaña en la playa, él sabría que ella había vuelto y estaba allí esperando. Mientras tanto, aquella cabaña tan solo sería una más de las que bordean la costa de Tau Piun, un atolón desperdigado en infinidad de islas e islotes, unos habitados y algunos olvidados. La diminuta isla de Raon fue la escogida para su oculto amor.

Allí, las distancias entre islas no existían y a golpe de remo era posible no solo transitar entre ellas sino también recorrerlas sin acabar nunca de visitarlas en su totalidad. Apenas unas yardas mar adentro y ya se podía vislumbrar la isla de Raon, casi insignificante y por tanto desapercibida. Sin necesidad de desembarcar, desde la canoa, se podía ya saber si la cabaña de la playa estaba o no habitada. Por eso la contraseña ayudaba a no equivocarse, si el quinqué alumbraba al atardecer de nuevo su amor se haría realidad.

Cuenta la leyenda que la erupción del volcán Kratonga fue tan tremenda que aún pueden contemplarse restos de sus brasas en los atardeceres desde la isla, desde los restos que componen hoy el actual atolón. Sin embargo, esta historia para él no tenía otro sentido que la añoranza callada por su tierra ahora tan lejana. Allí, entre los edificios de la gran ciudad era inevitable no caer en el recuerdo entristecido, sobre todo, en ese momento íntimo en que el sol se oculta. Es entonces cuando al cerrar el local, antes de ir a acostarse, sube hasta la colina y desde su automóvil, en lo alto, contempla la ciudad con su parpadeo brillante de luces. Los edificios en la noche parecen ser los únicos que en ese momento no duermen y para él es ese el mejor momento del día.

Primero fue el buque mercante, sí, aún recuerda cuando salió de la isla. Ya meses antes le habían advertido de la posibilidad de trabajar a

bordo, las cosas en la isla no eran muy fáciles, así que cuando de improviso su contacto le avisó no tuvo tiempo para pensarlo ni dos veces. Ni siquiera pudo hablar con ella y explicárselo... Cada tarde no puede evitar imaginarla esperando en su isla, con su quinqué brillando ante una ventana solitaria. Fue lo más duro, su recuerdo le persigue cada noche.

Luego consiguió encontrar trabajo en el puerto y, de ahí a montar su pequeño negocio de hamburguesería en el local alquilado de la subida a la colina, fue todo un rodar de sucesos en absoluto debidos al azar sino, al contrario, ganados a base de duro esfuerzo y sudor. Había ahorrado algo si bien no lo suficiente para regresar a la isla, aunque albergaba el sueño de volver algún día.

A ella le extrañó, desde luego, su amor era tan grande, tan fuerte, parecía tan de verdad que presintió nubes oscuras desatadas por algún avatar desconocido que un dios enfurecido hubiera interpuesto en su horizonte. Iban viéndose así durante años, ciertamente se conocían desde la infancia, pero su linaje noble emparentado con la realeza de la isla no permitía la relación con extraños a la familia real. La tradición era muy estricta en este aspecto, por eso habían de encontrarse a escondidas, porque se querían con un cariño verdadero que creció como crecen los niños, sanos e inocentes, ajeno a todo impedimento artificial. Él era un buen muchacho, no podía entender el motivo tan importante que explicase su ausencia. La cabaña de la playa convirtió en esclavitud lo que hasta entonces fue un refugio de amor. Ella no dejó de atender a la cita y cada tarde, al ponerse el sol en el horizonte entre las islas, un quinqué brillaba tenue a la orilla de una playa abandonada.

Su padre acabó por descubrirla. Aunque ya puesto en alerta desde hacía tiempo acerca de las idas y venidas en la canoa de sus hermanos, sus ausencias de la casa real fueron vigiladas y, una vez descubierta, el mandatario de la isla tomó la firme resolución de poner fin a tales encuentros encubiertos. En el continente encontró el sustituto idóneo para que la fiebre por el joven isleño se fuera esfumando como solo el tiempo es capaz de lograrlo con ayuda de la más obligada distancia. Así, la muchacha salió vuelo a aquel horizonte que desde su isla tantas veces contempló ocultarse, plácido. Esta vez, sin embargo, la ocupación que le habían buscado en el continente, además de hacer de ella una persona válida para ganarse el propio sustento también conseguiría mantener alejado todo contacto con su amor prohibido. Le imaginaba regresando un atardecer de tantos en la isla, acercándose a

la cabaña entre curioso y extrañado... Luego, solo el chapotear del remo que se aleja en el agua, podía incluso escuchar el silbido de las canoas. El quinqué apagado, callado y triste, como su ilusión, descansaba en el fondo de su equipaje rumbo a un nuevo horizonte para su vida en el continente.

Aquella noche subió, como tantas otras, a despedir la dura jornada desde lo alto de la colina. Se apoyó en el reposacabezas para observar el cielo. Abajo, un océano de edificios y ventanas se debatía en aparente calma con su rugir de olas incesante en busca de la otra orilla, tal vez la del día siguiente, pero... Algo llamó pasmosamente su atención. De entre toda aquella infinidad de luces nocturnas solo un brillo especial destacaba el de aquella ventana y la distinguía de las demás. No quería dar crédito a lo que sentía al contemplar el peculiar tintineo de aquel resplandor que reavivaba la llama más recóndita del cajón de sus recuerdos. Aguijoneado por la curiosidad puso en marcha el vehículo, decidido a explorar y dar con el paradero exacto donde habitaba aquella luz.

Debería encontrarse, si su sentido de la orientación no le fallaba, por aquella zona, en alguna barriada cercana. Antes, descartó otras calles a fuerza de equivocarse, deambuló entre bloques y callejones, algunos incluso sin salida, hasta localizar al final la repisa donde descansaba el brillo que perseguía. El halo luminoso desató un sinfín de emociones desbordadas y, de golpe, le trajo la isla hasta ahí. Aunque sobrecogido, se apeó del coche y, bajo la ventana, aún sacó arrostos para silbar la tonada melodiosa con que se saludaban entre las canoas en las islas... Entonces la ventana se abrió y fue la isla entera la que se asomó.

Al pie de la colina que otea la ciudad, donde antes estuvo la hamburguesería, hoy el Café Bar resplandece a la luz de los quinqués. Un mar de edificios se extiende ante el horizonte vivo y palpitante de la noche. Tan vivo y palpitante como el amor a la orilla de alguna playa, en algún lugar...

DONDE NACEN LAS OLAS

La calma invadía la tierra. Sus habitantes, apacibles, sembraban, recolectaban y celebraban con alegría sus fiestas... Un día llegó Elqueotea, corriendo, como siempre, pero algo más excitado. No era para menos, bajaba de la gran montaña que preside el poblado, la que llamamos Lamásalta. Aseguraba que desde allí había contemplado cómo se volvía azul la tierra. La siguiente incursión de exploradores trajo cuatro noches de luna, para debatir el misterio... Habían descubierto el mar ! Aunque en nada variaban sus vidas, tampoco ya eran las mismas. El ancho portalón frente al horizonte del océano quedaba, tentador, entreabierto. Esos eran los primeros tiempos, cuando comenzaban las incursiones hacia el mar. Así fue como la Isla de la Calma se convirtió en un puerto socorrido por navegantes y aventureros... Para algunos olvidado, para otros añorado, de vez en cuando, mas no siempre...

Después siguieron otras expediciones, las del mar lejano. Ello trajo la disgregación entre las familias, unos regresaron, sin embargo otros no. Aún es recordada la historia de los dos hermanos entre las gentes de la isla. Elqueotea volvía, aunque esporádicamente, de sus viajes mar adentro. Logró hacer fortuna y pudo elegir entre sus muchas propiedades del mejor lugar para vivir. Sin embargo, prefirió su Isla de la Calma.

Su hermano menor, Alfinhuí, ávido de aventuras, nunca volvió a pisar su isla, pero llegaban noticias suyas escritas en algún que otro navío de los que atracaban en puerto. Aunque separados, el lazo de sangre entre los hermanos se mantuvo siempre vivo. Dicen que al final, cuando Elqueotea iba a morir, llegó un emisario de Alfinhuí con una misiva en la que prometía, por fin, su regreso a la isla, con la alegría de reunirse con su hermano y en la que refería los detalles de la fiesta colorida para tal celebración. Poco antes de que Elqueotea cerrase sus ojos por última vez, un inmenso arcoiris unió el mar a la tierra, como nunca nadie lo vió brillar !

...Pero ese fue el final. Mientras, se sucedieron más y nuevas exploraciones...

FLOR DE ISLA

Su nombre significaba Flor de Isla y fue un regalo del jefe Ngo de los Thaa. Su sucesor, primer hijo varón de su segunda esposa, llevaba ya varias semanas enfermo, postrado en la cabaña principal. Ya antes había visto ese temblor sudoroso y frío, lo ví llevarse vidas sin importar barreras de tiempo y edad. La costa más próxima distaba cinco días de navegación y, aún así, había que confiar en que no cambiasen los vientos. Elevando sus brazos al cielo y al tiempo que los abría, solemne, el Gran Jefe me miró prometiendo el regalo más deseado a quien fuera capaz de devolver la salud de su hijo.

No había tiempo que perder. Impulsado por la valentía que contagia disponer de vidas ajenas en manos responsables, icé de nuevo las velas y zarpé, presuroso por aprovechar las fuertes rachas de vientos, los mismos vientos rápidos que me habían traído.

Aquel brazo de tierra se asomaba al océano, refrescando al continente. En la Misión había conocido la vacuna, aquel medicamento que obraba el milagro. Una vez alcanzada la costa había que adentrarse por senderos pedregosos, sumergidos en la selva, hacia el interior, abriendo camino para entrar al claro donde se alzaba el campamento. Allí, la Misión reposaba su mísera escasez, aunque espaciosa.

De vuelta y con todo, la travesía me había costado nueve largos días de prisa sin pausa, intensos de ajeteo. Por eso, al llegar a la Isla atraqué en la ensenada, junto a la barra de arrecifes y, en veloz carrera, crucé la playa protegiendo entre mis manos la medicina mágica, como un tesoro sagrado. Al atravesar el umbral, el jefe Ngo se incorporó y desalojó de un gesto a los cuidadores... Preparé la mezcla, asombrado de mi propia calma y, por vía intravenosa, inyecté el fármaco milagroso en el brazo del inerte muchacho, bajo la atenta mirada, seria, de su padre, ahora esperanzado.

Fue al salir de la choza cuando todo el cansancio acumulado se agolpó sobre mis piernas, ahora fatigadas por el peso de la carrera. De repente, sobre mi espalda, pareció apoyarse toda la carga del esfuerzo sostenido en solitario desafío. Y así, de regreso al barco, me senté en la arena blanda y cálida de la playa, dorada de atardeceres que, solícita,

me invitaba a la promesa del descanso merecido. El leve rumor de olas se encargó del resto...

El despertar del silencio fue gradual, poco a poco cada parte se iba sumando al todo. Los árboles de la selva frotaban sus ramas, rozándose las hojas, acariciadas por la brisa. Las aves sobrevolaban la playa en alegre bullicio y el oleaje chapoteaba, travieso, contra los costados del velero. Los obenques tensaban el cielo, en lo alto, tintineando una melodía marinera... Y allí, junto a mí, sentada a mi lado en el lecho de arena, ella me observaba, impasible... Seria, tímida, graciosa e intrigante, contemplando el océano distante en absorta intimidad. Sus ojos oscuros, de plateado brillo, destelleaban sobre la tez aceituna de su piel morena. Sus labios, de suave carnosidad, al pronunciar su nombre... Tituanyé, nombre de mujer, significa Flor de Isla y era el regalo del Gran Jefe por salvar su cetro predilecto.

Mientras adujaba las drizas, desde cubierta, seguí observando su plácida belleza, quieta, en la orilla de la playa, con expresión imperturbable jugueteaba con los dedos de sus menudos pies en la espuma de las moribundas olas. Y en su mirada, el fondo del mar, inescrutable y atrayente... La eternidad misma en su remanso de paz detenida. Bien pudieran sucederse crepúsculos y auroras, brumas, mareas o racheados vientos, que su inflexible determinación ya estaba anclada en ese lugar por siempre, encrucijada de encuentros ya decididos.

Al caer la tarde me acerqué y, sentado a su lado, me rendí. Ella me derrotó al rendirse antes que yo. Así fue como nos entregamos, aventurados a conocernos, rendidos al misterio de una promesa urdida por invisibles lazos. Cuando pronuncié su nombre, Tituanyé sonrió y me invadió el escalofrío familiar de haber soñado siempre ese instante. Pestañeó justo cuando el cielo se jalonaba de estrellas, cuando la luna bañaba sus reflejos de plata en el mar de la noche. Así nos amamos y acabamos por entregarnos, fundidos... El mar, la noche estrellada, olas y luna con la canción del viento meciendo nuestros cuerpos, al son de arena y brisa enamoradas...

Nuestros días en la Isla fueron largos, de eterna plenitud, pletóricos de intensidad. Ella se convirtió en mi sombra con vida propia. Tituanyé era un sueño al que, subyugado, me entregué. Acariciar la piel suave de su talle era real, abrazar sus caderas de voluptuosa inocencia, sus senos turgentes besando mi pecho, sentir el jadeo de su apasionado aliento, respirando al unísono...

Zarpé, pero no era yo. Al doblar el Cabo, dejé que el viento de popa me empujase impetuoso, a su merced, lejos de aquella costa, alejándome del recuerdo, pero no era yo. No podía ser yo... Siempre su nombre en el corazón del alma, su risa de olas desgranando estrellas como lágrimas libres, libres, susurrando al oído del viento... ¡Flor de Isla ! ¡Volveré, Tituanyé !...

LA CASA ROSA

Dicen que no vieron la luna, que no apareció en todo el año. Otros lo achacaron a una fuerza sobrenatural, casi un castigo ejemplarizante contra los mundanos derroteros que escogían los cada vez menos humanos. Lo cierto es que la lluvia no cesaba, era excesivo tiempo el que transcurría sin que la lluvia no dejara de estar presente. De día y de noche, a cada momento, un llover incesante acompañaba cada quehacer, cada paso del mundo cotidiano que, a fuerza de su constante insistencia, podría decirse que se había convertido en algo familiar. En otros momentos, sin embargo, tal insistencia, muy lejos de acostumbrarnos, se volvía pesadamente odiosa, casi podía llevarle a uno al límite del sinsentido. Y luego, volvíamos a aceptarla, como un hábito ya inevitable, irremediable, casi parecía invencible.

Aquella mañana se levantó como siempre, acercándose a la ventana. Las gotas chocaban contra el cristal, estrepitosas, dibujando caminos de agua. Parecía que el día llorase, gris, agobiado también por el caer inagotable. Como lágrimas desbocadas, locas por buscar una salida, las gotas serpenteaban ramificando sus brazos líquidos. En uno de sus intrincados laberintos, los tentáculos de agua esbozaron algo parecido a un corazón y, entonces, como si despertara, le fue llamando la atención hasta que dio un respingo. El tono rosa del fondo, antes difuminado, cobró viva realidad, concretando su forma y, así, pudo distinguir el chubasquero rosa de la pequeña Patricia. Ella cruzaba la calle sola, pegada a la valla blanca, de madera, que bordea la casa. Desde la valla hasta la entrada hay un tramo amplio, adornado de jardines con rosales bien atendidos, con los setos recién podados y bien cercados, delimitando espacios. El pasillo central era de terrazo rojizo, punteado en los bordes por una cenefa de arabesco. En las esquinas de cada parcela ajardinada, inmensos tiestos, pétreos, imitando jarrones grecolatinos, sostenían variedades desconocidas en el continente de arbustos perennes. Y la puerta de la verja, negra, metálica, pues el antiguo portalón de madera, con tejadillo incluido, sucumbió al paso inexorable de los años.

La tía Silvia cuidó la casa con esmero, aunque se puede decir que fue después de su muerte cuando la casa adquirió el tono renovado que hoy conserva. De hecho, él mismo se preocupó de que la valla exterior

fuera restaurada de nuevo y pintada cada año. Le cogió especial afecto a aquel torreón, bajo y ancho, en un costado de la mansión, pero que sobresalía por encima de ella con su cúpula brillante de pizarra negra, sobre todo ahora, mojada, con la lluvia. Le daba al resto un toque señorial, un aspecto acaudalado de digna tradición y elegante modernidad bien hermanadas. Por eso se trasladó a las habitaciones de aquella parte del torreón, en realidad, al enorme salón de grandes miradores que por su extensión perfectamente podría servir como única vivienda.

La pequeña Patricia hacía ese mismo recorrido cada mañana, al colegio, excepto en verano, cuando acababan las clases, pero... ¿quién se acordaba ahora del verano? No había existido, parecía que había estado lloviendo toda la vida, siempre. Parecía imposible imaginar otro estado diferente a la lluvia, aunque todos lo desearan. Hasta el carácter de la gente se agriaba, tornándose más arisco y reservado. Había que salir a la calle, había que trabajar, estirar las piernas y entablar ganas de conversar, en algunas ocasiones, pero la maldita lluvia no cesaba, haciéndolo todo más incómodo. Sin embargo, aquellos interminables días, tristes y oscuros, sirvieron para finalizar el asunto que llevaba entre manos desde hacía tanto tiempo. Antes había preparado los materiales durante meses, seleccionándolos convenientemente y mezclando cada pigmento con meticulosidad hasta lograr el tono deseado. Fueron incontables las combinaciones de colores que se sucedieron hasta dar con la gama perseguida y, después, con el tono definitivo. Tantos y tantos fueron los meses que duraron las pruebas que transcurrieron años. La lluvia vino a complicar las labores, confió en que mientras durasen los preparativos la condenada lluvia cesase en su empeño, pero continuó ajena a otros planes que no fueran tan obstinados como los suyos. Para ganarle tiempo a la lluvia, se ocupó en ir almacenando los colores conseguidos en aquellos botes metálicos. Destinó la parte baja del edificio a ordenar matemáticamente en hileras toda aquella colección de botes de color rosa, un rosa de tono vivo, chillón, imposible de ignorar y así diseñado, con escrupulosidad de alquimista, precisamente para no pasar desapercibido.

Todas las habitaciones de la mansión fueron de este modo llenándose de botes de color. Luego, los pasillos, las salas y, en vista de que la impertinente lluvia obstaculizaba el proyecto, siguió pintando los objetos, los muebles, las paredes repletas de rosa, los marcos de las puertas, las puertas y los pomos, las cerraduras también.

Los cuadros antiguos que adornaron durante lustros los grandes salones acabaron por sustituir el retrato y los paisajes por el fondo rosa intenso, un rosa embriagante, enfermizo de su propia agresividad. Los techos y sus molduras también sucumbieron al rosa, incluso el cofrecillo de madera de la tía Silvia, donde guardó sus mejores alhajas y que tanto cuidó en vida. Así, el proyecto inicial de pintar la fachada y la valla, ante las adversas condiciones, se truncó para desgracia del interior de la casa. También las alfombras quedaron rosas, los interruptores, la gigantesca lámpara de perlas que presidía el comedor, lágrima a lágrima, una a una, de rosa... Y la lluvia impertinente, persistentemente advenediza, continuó como una maldición. No parecía que llegase el día sin que la lluvia acompañase cada latir, acompañando cada respiración... Ya había repasado cada rincón de la casa, cada objeto por minúsculo que fuese tampoco se libró de ser sometido al tono rosa más intenso imaginable.

Fue la pequeña Patricia la primera que lo percibió. Cada mañana se había fijado, al pasar delante de la gran mansión, acicalada de su larga valla blanca, que una figura humana observaba asomada tras el enorme ventanal, ya casi se había acostumbrado a esperar su aparición tras el cristal cuando ella alcanzaba la altura del portalón principal. La lluvia atosigante le había impedido reconocer algún rasgo concreto en aquella figura lejana, allí arriba en el torreón, pero sabía que ese alguien aparecería a su paso y, luego, lo comprobaba de reojo, aunque refugiada en su chubasquero rosa. Por eso le extrañó que durante aquella semana no surgiese su fugaz presencia en el torreón, después de haberlo hecho puntualmente durante todo el curso escolar y también en el anterior. Por eso se lo contó a su madre al llegar a la taberna. A Violeta, sin embargo, las observaciones de su hija Patricia le parecieron traspasar más allá del puro significado anecdótico, por lo que puso en marcha enseguida toda la maquinaria investigadora.

Cuando los gendarmes, acompañados del pertinente permiso, penetraron en la mansión ya vaticinaban el extraño cariz de la sorpresa que les aguardaba. Exploraron la gran casa, recorriendo sus pasillos de color rosa, abriendo cada puerta rosa, apartando de su paso las cantidades ingentes de botes de pintura, unos vacíos, otros aún repletos de color, de un llamativo rosa, casi hiriente. Todas las galerías del ala norte rebosaban de botes de color, ordenadamente dispuestos en hileras. Subieron los peldaños rosas y, asombrados, se miraron entre sí, al contemplar los cuadros colgados, donde el rosa invadía desde los marcos hasta los fondos. La puerta de la sala alta del torreón se

encontraba entreabierta y, cruzando el umbral, no atinaban a distinguir de entre los muebles y enseres de la habitación, contagiados de tanto color rosa, ebrios del color e incapaces para tratar de diferenciar los espacios. Por fin, le vieron. Le encontraron postrado en su cama rosa, sobre el edredón de idéntico color, tendido a lo largo con sus manos cruzadas sobre el pecho, sobre su abrigo rosa, con una ligera sonrisa rosa, una especie de mueca. Les costó un gran esfuerzo a los agentes dar crédito a lo que hallaron ante sus ojos, atónitos, un cuerpo humano enteramente cubierto de pintura rosa, desde sus cabellos, hasta cada pliegue de las orejas, las manos entrelazadas, la ropa, los zapatos rosas, los calcetines que dejaban entrever una pierna velluda de hombre, pero rosa.

Un remolino de gente se agolpó a la entrada de la mansión cuando sacaron el cuerpo cubierto en una funda de plata. El murmullo se elevó en el breve instante en que lo trasladaron dentro del furgón policial y, luego, continuó resonando avivado por las preguntas y los curiosos... Y continuó así, sonando breve, regular, constante, hasta fundirse con el otro sonar incesante, el de la lluvia que, lejos de regalar un descanso a las gentes de la población, insistía pertinaz y desazonadamente con su interminable caer de agua, de gotas de lluvia sin fin.

LA OCTAVA PLANTA

Sin dejar de apuntarme a la cara con su dedo, la voz de mi amigo se tornó casi confidente, pero firme...

-...Y no preguntes, ¿oyes? Tu misión aquí consiste en bajar y subir con los clientes, nada más... Obedece al mayordomo jefe en todo, no olvides llevarte el uniforme el viernes y volver a traerlo el lunes, ¿oíste?...

-De acuerdo... -musité, mientras mi compañero desaparecía tras la puerta giratoria del hotel sin volverse hacia atrás.

En verdad que debía estarle agradecido pues con su favor me brindaba la oportunidad de sustituirle en su período de vacaciones, como en anteriores ocasiones, y así enriquecer mi maltrecha economía necesitada de una estabilidad más perdurable. En los otros hoteles tuve ocasión de familiarizarme con su puesto de recepción, pero esta vez lo novedoso de la tarea consistía en acompañar a los clientes en sus idas y venidas en el ascensor. En apariencia, una tarea fácil y cómoda, aunque no exenta de una monótona fatiga como enseguida tuve ocasión de comprobar.

Mi antiguo amigo me había asegurado que desde su cambio al nuevo hotel había mejorado de categoría y, en principio, lo achaqué a las cinco estrellas que destacaban en el rótulo. Una vez dentro, comprendí que aquellos anchos espacios marcaban la diferencia con los hoteles precedentes y, sobre todo, el mero hecho de que el ascensorista hubiera de trabajar uniformado.

Desde la terraza de la décima planta podía contemplarse una panorámica sobre la bahía de la ciudad; las oficinas y dependencias administrativas ocupaban la novena planta. De la tercera, descendieron las hermanas Kossack, un par de gemelas nonagenarias que podían permitirse el lujo de residir permanentemente en el hotel. El restaurante se encontraba en la primera planta, y en la segunda los salones para convenciones o reuniones. En el cuarto piso estaba la sala destinada a los enseres de la limpieza y allí también se había habilitado un hueco para el vestuario del personal. Se podía intuir que uno había llegado a la planta quinta por el pestilente aroma que dejaba en el ambiente el hilo de humo de los puros del señor Bruhnin, siempre trajeado y de elegantes maneras. Y de la sexta, sobre todo, temía el

escandaloso tropel de muchachos excursionistas que en desordenada algarabía vociferaban y competían con sus alaridos y risas estridentes. El trajín en el hotel resultaba incesante y se renovaba a diario con nuevos clientes. Me fijé en especial en la bella chica que recogía en la séptima planta y que destacaba por su porte distinguido, un ceñido vestido la entubaba de lentejuelas hasta los pies, pero dejaba al descubierto unos hombros contorneados, casi perfectos... Seguí con los ojos cerrados el sugerente rastro que desprendía su perfume, pero desperté brusco a la realidad, fustigado por lo insólito de un detalle recién descubierto. Acababa de percatarme de que nadie bajaba ni subía de la octava planta... Sí, en los pocos días que llevaba allí no conocía a nadie que se alojara en ella. A la hora del almuerzo, libre de pasajeros, decidí investigar el misterioso hecho. Mi zozobra se tiñó de inquietud, el ascensor pasaba de largo de la séptima a la novena o viceversa, sin obedecer el mando. Lo comenté a las chicas de la limpieza y entre los botones que, con esquivia extrañeza, no atinaron a darme explicación alguna.

Aquel viernes el mayordomo jefe me acompañó durante toda la tarde en el trayecto del ascensor. Casi al acabar la jornada me aseguró que no hacía falta mi presencia en el hotel durante la semana siguiente y que, debido a mi carácter amenazante, podía darme por despedido. Iba a rechistar, pero recordé las palabras de mi amigo y, por respeto, callé. Recuerdo igualmente su teatral transfiguración cuando quise contarle lo sucedido a su regreso.

-Estás loco si crees que con amenazas o insultos vas a provocarme. Ya me lo contó el mayordomo jefe. Me equivoqué, no quiero nada contigo...

Después de tanto tiempo un nudo de perplejidad aún acompaña mi desolada decepción. Resultan curiosos los avatares que esconde el destino. Por fin encontré mi camino, hoy trabajo y viajo por las comarcas de la zona norte. Eso sí, nunca me alojo en un hotel de más de cuatro plantas...

EL JARDÍN ENAMORADO

Todos callaban al sentir la señal, cuando la niña se colocaba en el centro del círculo y, con las piernas cruzadas, abría el libro. Esa noche la historia elegida hablaba del amor imposible de dos muchachos pertenecientes a diferente rango social y las curiosas tretas que habían de inventarse para poder ver recompensado su prohibido amor. Observé atento en la penumbra del atardecer a los asistentes que escuchaban embelesados. En un momento de la historia la niña señaló imperceptiblemente, con un leve movimiento de su dedo, a uno de los chicos que, sentado en el corro, atendía. Luego, hizo el mismo gesto dirigiéndose a una muchacha, también sentada en otro extremo del círculo. El muchacho, obediente, se incorporó cauteloso para coger de la mano a la muchacha indicada y ambos desaparecieron entre las sombras frondosas de los arbustos cercanos. La historia siguió avanzando, el argumento ya desgranado dio paso a una descripción minuciosa de los detalles amorosos más íntimos y en el ambiente iba caldeándose una sensación sedante, modulada por el tono cálido y sugerente de la niña que relataba. Pasó página sin perder el tono ni el hilo de la historia y volvió a señalar, esta vez primero a una muchacha y, luego, a otra que igualmente silenciosas desaparecieron hacia el fondo del jardín. Luego, noté cómo no contaba tanto el interés en seguir la trama del relato sino que toda atención se hallaba más bien centrada en a quién señalaría entonces la chica del libro. Ahora le tocó el turno a una joven que se llevó del brazo agarrado al muchacho que estuvo sentado al lado suyo. Mientras atendía el desarrollo de los acontecimientos, algo inquieto por si el próximo turno sería el mío, me di cuenta de que a la luz de las farolas que custodiaban la escalinata a la gran mansión, la sombra de las dos muchachas que anteriormente marcharon se movían fusionadas en una sola, como si ambas estuvieran entregadas a revolcarse sobre la hierba.

El ritual, si así podía llamárselo, consistía en obedecer el caprichoso mandato de la muchacha del centro del corro que, con el libro en la mano, impartía tanto el reparto como el orden en que las parejas debían abandonar el grupo. Todos los asistentes sabían a lo que allí se prestaban, por lo que no eran posibles las negativas ni las huídas. Era la primera vez que conseguía acceder al círculo y la tensión iba

creciendo por momentos, más tarde o temprano sería mi turno... No me habría importado que la misma muchacha que leía y señalaba a las parejas se hubiera venido conmigo; era bellísima y su voz me erizaba la piel. Pero me tocó a mí primero tender el brazo a otra chica que rápidamente se levantó para agarrarse a mi cintura y, como si conociera el lugar hacia donde dirigirse, me llevó hasta un rincón apartado tras el ancho tallo de un enorme cedro centenario. Allí, el desenlace a la historia fue otro, el que nosotros quisimos darle o, mejor, el que quisimos realizar, pues desnudos en la hierba nuestros cuerpos se bañaban, sudorosos de pasión, bajo el influjo mágico de la luna que lo mismo nos vestía que nos volvía a desnudar con sus reflejos de plata, iridiscentes, como si nuestro rito de amor recibiera su bautismo benéfico de bendición.

Las parejas iban regresando al círculo a medida que su particular aventura finalizaba; algunos, incluso, llegaron a repetir turno. Para ser mi primera actuación me daba por satisfecho, pues tuve oportunidad de comprobar en propia carne el efecto gratificante de las habilidades de la chica que me correspondió en suerte, toda una experta en dicha materia. A su vez, la muchacha del libro, con su apariencia y voz de niña cándida, continuó toda la noche leyendo los inagotables pasajes del libro al que tanto cuidado dispensaba y, solo cuando empezaban a despuntar los primeros albores del día, tímido, que se avecinaba, pausadamente, cerró el libro y levantándose se dirigió lenta y con paso calmo hacia la gran mansión. Antes, estableció la próxima cita para dentro de tres semanas y, dando por concluido el ritual, dio una vez la vuelta completa al corro de asistentes; estos, por fin, se retiraron con sigilo, en diferentes direcciones, simulados entre las sombras últimas que la mañana iba difuminando a su paso.

Cuando clareó la mañana el jardín resplandecía bajo la azulada palidez del cielo. Ni rastro de la luna ni de los luceros hermosos que durante toda la noche brillaron. Un ligero manto de rocío adornaba el tapiz virgen del suelo, donde se desperezaban, silenciosos, los arbustos, el cedro talloso, las hayas, sauces y el castaño de indias, celosos guardianes que rodeaban la gran mansión de la biblioteca que, solitaria, escondía el bullicioso secreto de sus libros dormidos.

FIN

EL AUTOR



El autor, LUIS TAMARGO, es natural de Santander, en el norte español. De profesión Documentalista clínico, cursó estudios universitarios de Letras y Humanidades y ha publicado “Escritos Para Vivir”, de poesía (1998), “Era un bosque” (2004) y “A media distancia” (2006), de narrativa.

Además de su obra poética, agrupada bajo el título de “Poemágenes”, ha colaborado en revistas literarias como “Narrativas”, “Arco”, “Letras” y “Amalgama”, entre otras. Y en 2017 quedó ganador del Premio de Narración Breve del Consejo Social de la Universidad de Cantabria. En la actualidad trabaja en una selección de relatos breves y en una novela, donde la prosa adquiere esa dimensión poética y emocional que le caracteriza..

El autor.

luistamargo@saludalia.com

*Es una Colección “Son RELATOS”: © Luis Tamargo.-

SANTANDER
Octubre de 2004

*Se terminó de imprimir
el día 11 de Octubre
de 2004*